

Domingo de la Santísima Trinidad

REFLEXIÓN

Byung-Chul-Han describe nuestra época como el tiempo del cansancio, del rendimiento y del narcisismo.

En ella, el amor corre el riesgo de convertirse en consumo, autoafirmación o en mera proyección del propio yo.

Se ama – dice Han – aquello que no hiere, que no desinstala, que no exige salir de uno mismo.

El otro desaparece como misterio y se convierte en espejo, cuando no, en objeto.

Dios ama no porque el ser humano sea útil, fuerte o exitoso, sino precisamente en su fragilidad.

Dios no ama desde la distancia, sino desde la entrega, y no elimina el sufrimiento, pero lo habita.

Por eso, el amor de Dios no es sentimentalismo, sino abajamiento, servicio, gratuidad absoluta.

Así, el amor de Dios se convierte en resistencia, frente a la deshumanización, y en fuente de una vida verdaderamente libre.

El Dios Trinidad nos invita a una vida reconciliada, donde el amor no se mide por la utilidad o el éxito, sino por la entrega y donación.

“Los cristianos no podemos defraudar a las personas que sufren la pobreza, la enfermedad, la exclusión social”.